



Educación y libertad contra una pedagogía del empoderamiento

Ricardo Esteban Jurado¹

¹ Psicólogo. Especialista en Neuropsicología, Universidad Javeriana. Magíster en Educación para la diversidad, Universidad de Manizales.

Cualquier pedagogía dirigida hacia la potenciación de las capacidades del individuo, comprendidas como expresión positiva de libertad, dista de ser una postura resistente frente al sistema capitalista en el que se instala, y se torna en expresiones diáfanas de la ideología.

Introducción

La pretensión de este escrito versa sobre cómo la posibilidad del individuo de desarrollarse en términos de la llamada pedagogía de la libertad, no dista ni resulta de ningún modo ajena a los preceptos y discursos del sistema capitalista. Su estructura conceptual, lo que da vida a los pensamientos que divulga, no tiene su génesis en la intención de ofrecer oposición a la forma de ser ideológico-capitalista, sino que más bien se configura como expresión camaleónica, oculta en sí misma.

Con el ánimo de iniciar el proceso propuesto de indagar en la pretensión inicial propuesta, se fija la mirada en los postulados del discurso capitalista, en el metadiscurso más específicamente, y cómo éste se instala en los lenguajes pedagógicos. Para ello se utilizó un extracto de la obra del filósofo surcoreano Byung-Chul Han (2012), quien hace un análisis de cómo la propia dinámica del sistema atrapa y coloniza al conjunto amplio de la vida y su devenir:

La sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad del rendimiento. Tampoco sus habitantes se llaman ya sujetos de obediencia, sino sujetos de rendimiento. Estos sujetos son emprendedores de sí mismos. [...] La sociedad disciplinaria es una sociedad de la negatividad. El verbo que lo caracteriza es el no-poder. La sociedad del rendimiento se desprende progresivamente de la negatividad. La sociedad de rendimiento se caracteriza por el verbo modal positivo poder, sin límites. (p. 32).

Las palabras de Han dan pilar a la idea de la no-presencia de la negatividad, como impulsador de aquello que viene en la modernidad capitalista. Aquello que como espina dorsal articula, por cuanto constituye lo real, revelándose como cúmulo sustantivo y expresión de la positividad, en su forma más pura.

Como expresa Jiménez (2015), “acumular implica ausencias de contra-venencias, un permanente acceder, cuyo fin no es más que un medio superpuesto” (párr. 2).

El proceso acumulativo tiene analogía en la quietud montañosa que encuentra en la posibilidad de lo que no se va, su Ser fundamental. Un Ser que extrapola su etiología, su nicho y se extiende a los escenarios de lo íntimo, con una especial condición; penetra en ellos como resultado de una elección libre. Decisiones contradictorias por su naturaleza, que obligan al sujeto a negarse e invisibilizar cualquier resistencia, fundamentando la libre decisión en lo positivo, dando lugar a la inestabilidad del ‘no saber’, frente a las consecuencias que a la postre traerán nuestras acciones. Dicha inestabilidad no proviene del propio accionar del sujeto, sino que responde al hecho de que nadie está a cargo; de que no existe tal poder; de que no hay ningún Otro del Otro que maneje los hilos (Žižek, 2011).

Un proceso autorreproductivo de positividad, donde el residuo se constituye únicamente de lo negativo y se deconstruye a la luz del proceso positivista. Así, “la negatividad, «radical contradicción», se manifiesta ver como poder intersubjetivo donde nadie manda y, sin embargo, cada uno de nosotros somos sometidos a las consecuencias de aquellas decisiones tomadas como un Todo de forma individual” (Jiménez, 2015, párr. 7).

Empoderamiento y su sombra ideológica



Han (2012) expresa que si el requisito ideológico del funcionamiento capitalista muestra ser una masificación de lo positivo, el empoderamiento como libertad es precisamente su propio desdoblamiento. De esta forma, aquello que se niega proviene de aquello que impide la presencia de todo acto empoderador.

Al respecto, Jiménez (2015) comenta que una libertad que sea inherente a un Ser autónomo, presumiría una división ética con el ser empoderado, quedando en tanto el proceso de expansión de libertades, impedido en sí mismo.

Como ya se ha anticipado, si lo importante es la expansión de las actividades liberadoras o empoderadoras, todo aquello que la obstaculice, queda subyugado a esa dinámica autoimpuesta del funcionamiento, incapaz de distinguir entre lo positivo y lo normativo en el logro alcanzado. El empoderamiento integra lo negativo mediatizado a esa misma libertad positiva que posibilita. Lo negativo solo es a condición de su positivización como nueva forma de poder. Por consiguiente, el empoderamiento es siempre un empoderar delimitado a la ausencia de lo negativo, al transcurrir sin límites en un proceso no definido de expansión de libertades. De esta forma, frente a un sujeto reflexivo encontramos un sujeto empoderado. Un ser que ya no es en la cosa como ente activo que la determina desde su asimilación esencial y sí en su propia derivación fáctica vinculada al estrecho ejercicio social de reproducción material.

Pero, ¿de qué manera queda la propia estructura teórica del empoderamiento afectada por este ontologismo del mercado? O en otras palabras, ¿Cuáles son los efectos más determinantes para el ámbito pedagógico del intento de asumir como empoderamiento lo que solo es una aproximación precaria a la educación?

Referencias

- Han, B.C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Madrid, España: Editorial Herder.
- Jiménez, M. (2015). Educación y libertad contra una pedagogía del empoderamiento. Recuperado de <http://nodulo.org/ec/2015/n161p09.htm>
- Žižek, S. (2011). *Primero como tragedia, luego como farsa* (Trad. Amoroto Salido, J. M.). Madrid, España: Editorial Akal.